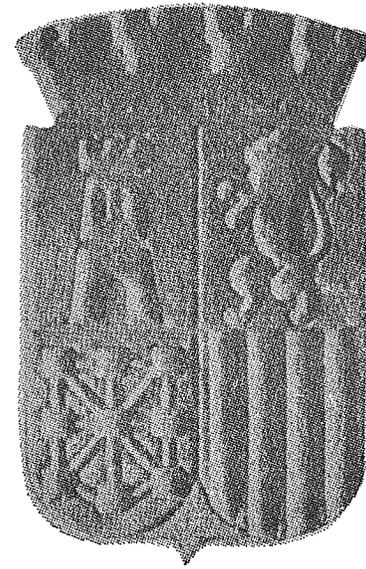


# HOMENAJE

A

# DON JOSE GIRAL

EDITADO POR ACCION REPUBLICANA DEMOCRATICA ESPAÑOLA



M E X I C O

1 9 6 3

ACTO CELEBRADO EN EL ATENEO ESPAÑOL DE MEXICO

Señoras, señores y amigos:

Aunque no faltan quienes reputan inútiles, o carentes de sinceridad, los actos encaminados a realzar el mérito de personajes ilustres, la exégesis de hazañas humanas o las consolaciones debidas a los familiares más próximos, muchos otros consideramos que es bueno, necesario y justo además, que en las circunstancias que compartimos los exiliados españoles, hagamos un alto en el camino para revisar nuestras experiencias y contrastarlas con la ejemplaridad de nuestros varones más esclarecidos.

Se ha hecho mucho trasiego al tratar de explicar las peculiaridades de los españoles —el trazo de nuestro “ethos” colectivo— y aunque pueden elegirse versiones para todos los gustos, acaso sean más acertadas las que surgen de contemplar la trayectoria vital de nuestros hombres mejores, de patricios como D. José Giral, que muestran en grado excelso las cualidades de nuestra estirpe humana.

De esta suerte, honrando su memoria, podemos adiestrarnos en el arduo ejercicio de las virtudes, y aunque algunas de ellas requieran disposiciones especiales, tal vez innatas, otras son susceptibles de creación y desarrollo mediante procesos educativos, entre los cuales debemos contar la exaltación de las que lucen en ellos.

Si bien es cierto que los genes manejan las parcelas más recónditas del carácter individual, las circunstancias suelen modificar su desarrollo, y la voluntad perseverante puede hacer lo demás para convertir las virtudes en decisiones ungidas de valor.

Estamos viviendo una etapa de la Humanidad en la que la Ciencia es la determinante principal del progreso. El acontecer científico se produce con velocidad y a ritmos vertiginosos que requieren esfuerzos de adaptación, cada vez, más inteligentes y veloces. Sin embargo, en algunos aspectos el hombre va quedando a la zaga, pues sus normas de vida, sus apetencias, sus necesidades y muchas otras limitaciones, le impiden alinearse con suficiente rapidez al compás del progreso o tomar, valerosamente, la delantera.

Cada día cala más la certidumbre de que el avance científico se produce en forma irreversible, y, no siendo una panacea, tampoco significa

un peligro inminente. Para sobrevivir, sin ser anonadados, en esta coyuntura, es menester afrontarla con dignidad y con naturalidad, anteponiendo el honor a otra contingencia cualquiera. Precisamente es la actitud que caracteriza la vida entera del maestro Giral. Sus actuaciones públicas y su actividad académica han dejado una radiante estela de voluntad limpia e insobornable. Para nosotros el perfil psicológico de nuestro insigne maestro y amigo hállase impregnado de energía, de impavidez y de austera integridad.

Vamos a escuchar, a seguida, la versión que nos traen dos de sus amigos más consecuentes y también la que nos ofrece el mayor de sus hijos, Francisco, que lleva con dignidad insuperable el mensaje genético y el ejemplo cotidiano de un español de los mejores.

Dr. José Puche  
Presidente del Ateneo

Cuando, hace cinco siglos, en la vieja Castilla, adquiría su madurez cabal el lenguaje español, una de sus primeras —y más bellas— manifestaciones fué la expresión doliente de un poeta por la muerte de su ilustre padre, el maestre de Santiago. Invocando tan insigne precedente, he sentido el deber, aquí, esta noche, de tomar parte activa en el recuerdo de mi padre, pues —a mi parecer— es un rasgo muy propio del humanismo español la importancia de las relaciones familiares en la vida de los hombres distinguidos y quizá no sea temerario afirmar que el buen acierto en las manifestaciones públicas de muchos españoles eminentes tenga bastante que ver con un equilibrio justo de esas relaciones familiares.

En este particular caso de hoy, el deber era todavía más evidente, pues no hay tanto que hablarles del padre cuanto del maestro —maestro de profesión y maestro de vocación— y también del jefe político, es decir, del hombre íntegro, como un nuevo representante —nuevo por lo reciente de su desaparición— de ese humanismo liberal o librepensamiento humanista, tan consustancial con la vida hispánica, que supera al tradicional humanismo literario en sus claras inclinaciones políticas y sociales y que tiene como aspiración fundamental el concentrar todas las actividades vitales en el cultivo y en la exaltación de las más puras cualidades humanas: voluntades firmes, inteligencias claras, corazones nobles.

Parece ser que en estos tiempos, cualquier actividad del hombre, si ha de ser distinguida y ejemplar, requiere un grado paralelamente ascendente de deshumanización: no sólo en el arte, como nos lo han explicado muy bien, sino en todas las manifestaciones vitales destacadas. Quizá, uno de los problemas del mundo moderno pudiera ser ese conflicto entre el especialista deshumanizado y el hombre cumplido, al menos en cuanto a personas que tienen algo que ver con el desarrollo de acontecimientos históricos. De aquí, mi esfuerzo por presentar un buen ejemplo del hombre cabal o, como proclamaba D. Miguel, del hombre de carne y hueso, que no será nunca un supersabio, ni un supertécnico, ni un superestadista, sino el hombre sencillo a que alude el poeta castellano cuando dice:

Este mundo es el camino  
Para el otro, que es morada  
Sin pesar;  
Mas cumple tener buen tino  
Para andar esta jornada  
Sin errar.

Los más remotos recuerdos de mi infancia salmantina se concentran con vivos matices en una prisión y en un entierro. Inolvidable impresión infantil al presenciar el encuentro de la madre afligida con el padre prisionero tras las rejas de la lóbrega cárcel provinciana y rodeado de delincuentes de todas clases. Es el verano del 17, cuando los bolcheviques rusos aún no han triunfado, pero cuando los socialistas españoles balbucean la revolución. Como consecuencia, un catedrático de química de la vieja Universidad salmantina, que no es socialista, que no es revolucionario, va a parar a la prisión provinciana. ¿Por qué?... Acaso porque le atribuyen afinidades con los obreros y campesinos, con los humildes. Y, en efecto, junto al recuerdo de la prisión, viene a la memoria el de la farmacia en la plaza Mayor, donde acuden los charros —charros primigenios, campesinos de Salamanca— en busca del farmacéutico “que les apunta *pa* republicanos”.

Dos años después y desde esa misma farmacia de la plaza Mayor, recuerdo el paso solemne de un entierro, con nutrido cortejo de togas, mucetas y birretes: ha fallecido D. Pedro Dorado Montero, el catedrático de Derecho penal, humanista y librepensador. Todo el profesorado está presente, con excepción del más ilustre: falta el rector de la Universidad, D. Miguel de Unamuno. Las dos cabezas más brillantes de la vetusta Universidad —¡tan españolas, las dos!— en vida se han llevado mal, apenas si se hablaban y, al fallecer uno, el otro rehuye presidir el sepelio como jefe de la casa de estudios... mas al llegar al cementerio, aparece D. Miguel, desprovisto de todo atuendo y representación oficiales y pronuncia la más hermosa oración en alabanza del desaparecido.

D. Pedro y D. Miguel, las dos enormes personalidades de la Universidad, son las que más influyen sobre el catedrático de química orgánica y también influye sobre él de una manera especial ese antagonismo hispánico entre los hombres eminentes, antagonismo que parece no querer doblegarse sino ante la muerte. De ese incidente arranca y cobra fuerza una obsesión como norma de vida: unir a los intelectuales, unir a los liberales, unir a los republicanos, unirlos para realizar juntos una gran tarea nacional, pero en vida y constructiva.

Sobre todo, a los intelectuales, a los universitarios, para que participen en la vida pública. De entonces data la convivencia con D. Miguel de Unamuno, no sólo en la Universidad: convivencia en el café —tan importante en la vida del gran vasco—, convivencia en el paseo —filosofía peripatética rediviva a lo largo de la carretera de Zamora—, convivencia en excursiones al campo o a la montaña... exilios y persecuciones de D. Miguel. En una ocasión —el rector destituido— los pocos catedráticos que protestan son expulsados del claustro por el vicerrector en funciones, quien no encuentra mejor apóstrofe injurioso que éste: “Que se vayan esos intelectuales”. Entre los peligrosos intelectuales está el catedrático de química orgánica y está también el catedrático de latín, D. Urbano González de la Calle, su pariente cercano y compañero constante de la vida, testigo de aquellos sucesos salmantinos: juntos convivieron con D. Miguel, juntos fueron albaceas de D. Pedro y juntos fueron expulsados del claustro salmanticense por “intelectuales”.

Mientras tanto, el catedrático de química anhela ir a Madrid, donde ha vivido, se ha criado y se ha formado; lucha por ello en el terreno universitario: ocho oposiciones en su vida con los incidentes más notables y variados. Ello le obliga a cambiar varias veces el rumbo de la vocación, pero ya desde el comienzo, su primer libro (1911) “Ración alimenticia desde los puntos de vista higiénico y social” demuestra una clara inclinación: no importa que se vaya a especializar en análisis químico, en química orgánica o en bioquímica, la nutrición le interesará siempre, con una base científica como medio y con un fin social.

Decide trasladarse a Madrid, apoyándose en una sola de sus actividades, la profesión farmacéutica, pues la vocación universitaria no le ofrece camino propicio. Alrededor de la nueva farmacia en la madrileña calle de Atocha va a girar su actividad: nuevas oposiciones, desde ahí va a ser químico del Instituto oceanográfico —único contacto profesional con el mar—, desde ahí va a ejercer la presidencia del Colegio de farmacéuticos —actividad profesional— en tiempos de la dictadura, desde ahí va a ganar la cátedra de química biológica en la Universidad central, de ahí va a salir para el rectorado de la propia Universidad, ahí se desarrollan episodios notables de la vida política.

Además de la farmacia, en el entresuelo, tiene su despacho, su biblioteca, su laboratorio y su almacén; se puede entrar al entresuelo desde la calle o a través de la rebotica, confundido con el público. Situación favorable para la conspiración y para la reunión clandestina en todos los años de la dictadura. Archivos, libros, frascos, medicamentos... con qué facilidad ocultan la propaganda política, los documentos comprometedores, las cuentas de fondos secretos y de suscripciones reservadas, las listas clandestinas de afiliados y comprometidos... las célebres “Hojas libres” que editaba D. Miguel en Hendaya y desde ahí se repartían a todo Madrid.

Allí llegaba la policía a registrar y no podía encontrar; por eso, otras veces se llevaba al farmacéutico en persona a la cárcel Modelo. Las prisiones llegaron a hacerse tan rutinarias que cuando D. Roberto Castrovido —espejo de periodistas republicanos— hacía su primera visita a la Modelo, avisado de que había nueva redada de presos políticos, la pregunta de rigor era si ya estaba allí el farmacéutico republicano.

Otras veces, las prisiones se mezclaban con la vida universitaria y profesional. En una ocasión, siendo presidente del Colegio de farmacéuticos, gestionó, organizó y planeó —como exigencia profesional— la creación de un Instituto de control de medicamentos, aunque para ello tuviera que tratar con el ministro correspondiente, de triste memoria y que era el mismo que le mandaba a la Modelo. Para cubrir 4 plazas de químico se convocaron oposiciones, en un alarde de falsa justicia, dentro del régimen dictatorial. El farmacéutico republicano se inscribe entre los 30 opositores. Próximas a terminar las oposiciones, el gobierno dictatorial avisa a los jueces que hay que impedir el nombramiento de un farmacéutico republicano, que se corte por él y se nombre tan sólo a los que vayan delante. El tribunal, obediente, deja todas las plazas vacantes, pues el farmacéutico republicano es el número uno. Se había sugerido poner

un ejercicio práctico singularmente difícil, con metales raros, pero el único que los encontró fue el número uno. Tenía un pleito personal con los metales raros, especialmente con el titanio; fueron varias las oposiciones en que le pusieron titanio, lo encontró, fué el único que lo encontró y se quedó sin plaza. Esta vez, las plazas vacantes se cubrieron por decreto, en un gesto típicamente dictatorial, y aceptaron el nombramiento dos de los jueces del mismo tribunal que las había dejado vacantes. Y terminando, otra vez a la Modelo.

Cuando la cosa era más seria, había que buscar una coartada: en cierta ocasión en que se frustró la conspiración, se le ocurrió meterse en un sanatorio y simular una operación urgente de apendicitis. Siempre conservó su apéndice sano, pero la cicatriz era real porque, apenas llegado al sanatorio, la policía le pisaba los talones y sólo entrando en el quirófano y viendo la herida abierta se evitó esa vez la prisión que quizá hubiera sido de consecuencias peores.

Pero siempre eran conspiraciones incruentas; una forma de rebeldía ante las libertades suprimidas.

Cosas notables ocurrían mientras tanto entre las paredes del entresuelo de la calle de Atocha. Si aquellas paredes hablasen nos habrían contado cómo allí empezó a reunirse con una persona excepcional, prematuramente desaparecida, el librepensador humanista D. Enrique Martí Jara, ya conocido de la Universidad salmantina, para tratar de unir republicanos y lanzar intelectuales a la política; cómo idearon allí el artificio de la "Escuela Nueva"; cómo desfilaron por allí todos los dirigentes republicanos, los que querían unirse y los que no querían, y con los que quisieron cómo surgió allí la "Alianza Republicana"; cómo se intentó atraer a los socialistas a esa unión y aquellas paredes oyeron un día la voz autorizada de D. Julián Besteiro pronunciando estas proféticas y definitivas palabras: "Unáanse ustedes, los republicanos, primero; y, cuando estén unidos, los socialistas nos uniremos con ustedes"... y así se hizo y desde allí. Paredes del entresuelo que vieron y oyeron organizar los banquetes del 11 de febrero, y sobre todo, aquel tremendo, contundente y definitivo mitin de la vieja plaza de toros, vísperas de la República y, por fin, el entresuelo se convirtió en centro electorero cuando ya estaba lograda la conjunción republicano-socialista, tal como lo había aconsejado y prometido Besteiro.

También aquellas paredes oyeron las más eminentes voces de la intelectualidad —universitaria y no universitaria—, voces reflexivas y trascendentes, algunas de las cuales convinieron en unirse y en hacer política y así se creó el partido de "Acción Republicana". Precisamente, entre las voces mesuradas, justas y atinadas, empezó a sonar allí —al comienzo indecisa— la voz de D. Manuel Azaña y, entre aquellas paredes, el farmacéutico convenía al escritor para que actuase en política y, cuando el farmacéutico se quedaba solo, se le podía oír lo contento que estaba por haber ganado a Azaña para la política republicana. Cuántas veces diría después que su mejor ejecutoria política había sido impulsar a Azaña. Desde entonces comenzó una fiel colaboración que nada ni nadie pudo enturbiar.

Y amaneció la más bella aurora política de la historia española aquel abril del 31. Pero quien tanto ha luchado por conseguir ese triunfo, no aparece en primera línea. No ha sido hombre de discursos ni de artículos, no lo va a ser nunca. Ha sido hombre de acción y lo va a seguir siendo. Buen caso de estudio para quienes valoran el contrapunto hombre de acción-hombre de letras, en la vida pública: un intelectual, un universitario, que cuando hace política ni escribe ni habla, simplemente hace. El día 14 encabeza uno de los grupos populares que abren brecha para entrar en masa desde la Puerta del Sol al ministerio de la Gobernación y prepararle el camino al nuevo ministro de la nueva República. Semanas después es nombrado rector de la Universidad de Madrid —la Central—, el primero de la República. Alcanzará a presidir la primera apertura de curso republicana, con el discurso inaugural del catedrático que encabeza la comisión que está redactando la nueva constitución, D. Luis Jiménez de Asúa.

En esos primeros días de la nueva República, una idea le atormenta: no están lejanas sus oposiciones al Instituto de control de medicamentos y siguen actuando los jueces que lo condenaron y aceptaron el nombramiento por decreto. La ocasión es propicia para tomar represalias; se lo insinúan, tratan de forzarle a que lo haga. Mas le falta tiempo para solicitar de las autoridades republicanas que están reorganizando la Sanidad, que no se les toque, que se les confirme en sus puestos; son compañeros universitarios. Para unos, blandenguería liberal; para otros, elevación de espíritu.

En cuanto surge la primera crisis del Gobierno provisional, se encarga del poder D. Manuel Azaña y la única novedad que introduce en el nuevo ministerio es llamar a quién tanto había hecho por llevarle a él mismo a la política. Pero... no se va a ocupar de cosas que conoce, sino de algo en que nunca había pensado, ¡de la Marina! Al fin y al cabo, en todas partes hay algo que hacer; cuando menos, hay que hacer republicanos. Y cuidado que la tarea no era fácil en su nueva dependencia: republicanizar a la Marina. Difícil era conquistar a la oficialidad, encastillada en el Cuerpo general, cuerpo tradicionalmente aristócrata, conservador y reaccionario, en proporción mucho mayor que el ejército de tierra. Por eso, son tanto más respetables y admirables los pocos oficiales de la Marina de guerra, de espíritu liberal que han permanecido fieles a su liberalismo, a su dignidad y a su palabra y que nos han acompañado en la guerra y en el destierro.

Tal vez sea la oficialidad de la Marina de guerra española —el Cuerpo general— el representante más típico de la "otra España"; de la España contra la que reacciona la nueva España, moderna e intelectual. Precisamente, la llamada generación del 98 se enfrenta al ridículo tradicional y pomposo de ese año que culmina con una serie de desastres navales. Acaso, el ejemplar más acabado como reverso de la medalla intelectual del 98 sea aquel famoso almirante, cuyo rancio nombre adorna los fastos navales españoles —el primer Cervera— quien mandando la flota en Santiago de Cuba —por cierto, el lugar de nacimiento del ministro republicano— le tocó presidir el más grande desastre naval, del que salió indemne. Llevado prisionero a los Estados Unidos y autorizado por el presidente

Mac Kinley a comunicarse con España, el primer parte que rinde de aquel monumental descalabro es el célebre telegrama que decía: "Angel y yo, buenos". Angel era su hijo.

La historia de la Marina de guerra española está llena de frases que encubren grandes ridículos o situaciones harto equívocas: ahí está la frase de Méndez Núñez cuando andaba bombardeando Valparaíso y El Callao sin ton ni son. Y, sobre todo, ahí está la frase famosa de Felipe II, el de la "otra España", echándole la culpa a los elementos del desastre de la Invencible, para tapar el ridículo que hacíamos frente a la superior técnica naval inglesa y para tapar el ridículo de nuestros mandos con aquel duque de Medina Sidonia que se mareaba a bordo... y era la crema de la aristocracia.

Toda esta cadena de deformaciones históricas culmina, al llegar la República, en el Cuerpo general de la Marina de guerra. El renacimiento intelectual de España, que arranca del 98, tiene su antítesis en la Marina de guerra, señalada también por la misma fecha. Así, se produce el encuentro que va a tener dramático desenlace: el intelectual, universitario, liberal y humanista, frente a los almirantes; todos dominados por la fecha crucial del 98. Acaso, a eso se deba la multitud de bromas y menosprecios para los ministros republicanos. Nadie osará tomar a broma al Medina Sidonia de la Invencible, ni al Méndez Núñez del Pacífico, ni al Cervera del 98; son los intocables históricos. Pero a la República intelectual se la toma a broma en todos los terrenos y empieza el duelo del universitario con el Cuerpo general.

Un día, en una base naval catalana es un oficial ebrio que toma como blanco de tiro, en el cuarto de banderas, el retrato del presidente Alcalá Zamora: con sorpresa de todo el cuerpo que cree disfrutar de un impunismo arrogante, el ministro intelectual se ha enterado y antes de 24 horas el oficial está en el barco-prisión. Otro día, con ocasión de unas maniobras navales y quizá también con torpeza de origen alcohólico, un almirante encalla el crucero "Blas de Lezo" en los bajos de la costa gallega. ¿Quién se va a atrever con él?, sobre todo, si lo defienden en plenas Constituyentes diputados republicanos —bien que fuesen radicales lerrouxistas— que injurian al ministro correligionario y exaltan la huera tradicionalidad del almirante irresponsable. Al mismo tiempo, el Cuerpo general se moviliza, acaudillado por otro Cervera, para propiciar el impunismo de quienes se creen intocables. En términos militares estrictos, quizá no hubiese sido excesivo pasar por las armas al almirante, como es usual bajo regímenes de fuerza, pero si se le procesa y se le destituye, más no se le fusila, es el ejemplo de una actuación liberal humanista que los exigentes vuelven a calificar de blandenguería.

Y mientras el nuevo ministro va valorando en su justa medida a la aristocracia naval —tradicional y reaccionaria— se va ocupando de estimular, proteger y mejorar a las clases humildes de la Marina, de una manera muy especial a los Cuerpos auxiliares y a los maquinistas de la Armada, que son la gente sencilla que conduce y maneja los barcos. Por eso, no sorprende encontrar entre sus tesoros traídos a México y guardados durante tantos años, las pesadas y voluminosas placas de grati-

tud de algunos de esos cuerpos auxiliares al ministro republicano. Poco adecuadas para el magro equipaje de un emigrante modesto y honesto; pero el cariño en conservarlas puede ser una indicación del valor histórico que tienen. Por eso, también, su gente de confianza van a ser siempre los auxiliares de Marina y aunque, más tarde, en momentos difíciles, tenga que cruzar la Cibeles cuando se traslade desde el ministerio de Marina al palacio de Buenavista, sus chóferes y su escolta de confianza seguirán siendo auxiliares de Marina.

Mientras tanto, la República ha elaborado una nueva Constitución. El no forma parte de la comisión, pero es diputado constituyente —por Cáceres— y uno de los más entusiastas. Por todas partes donde vaya, su casa va a estar llena de ejemplares de la Constitución. ¡Qué entusiasmo por sus puntos más notables! Ese artículo primero que tanto han ridiculizado, le llena de orgullo. Dice que con eso bastaría: que España sea de verdad una República de trabajadores, sin señoritos, sin parásitos y sin explotadores; que se lo hagan bueno, a él, ejemplo de trabajador infatigable en todos los órdenes. Después, todo lo demás: la libertad, el libre pensamiento, la democracia, el laicismo, el pacifismo, la enseñanza, los avances sociales, la reforma agraria, las autonomías regionales, el hispanoamericanismo sincero.

Ministro que manda fuerzas armadas es pacifista y antimilitarista: se entusiasma con la afirmación constitucional de que "España renuncia a la guerra como instrumento de política nacional" y por eso acepta con gusto ser el delegado de la República en Ginebra, ante la Conferencia del Desarme... quizá sólo para retornar defraudado de las posibilidades internacionales, entonces y después.

En cambio, es simbólica su figura respecto de la nueva política republicana en relación con Hispanoamérica: esa ridícula idea de la hispanidad de la "otra España", la República la sustituye —ennobreciéndola— con un sentimiento de fraternidad que tiene su mejor símbolo en un republicano nacido en tierra americana —Cuba— para terminar sus días en otra tierra americana —México—, habiendo tenido una vida de madrileño castizo y de viejo castellano. No podía imaginar cuánto destino y cuánta descendencia le aguardaba en tierras americanas y ya tenía un ardor intenso por el hispanoamericanismo fraternal que se reflejó con inusitada brillantez en los artículos constitucionales que preveían la doble nacionalidad con los países hispánicos de este continente.

Tras el bienio negro, vuelve Azaña al poder, en febrero del 36, después de aquella espectacular campaña y gracias a otra unión de fuerzas progresistas de izquierda; ahora no se llama "Conjunción republicano-socialista"; se llama "Frente popular". Es natural que el gran aglutinador de fuerzas izquierdistas vuelva a ser ministro de Marina. Y comienza la escena culminante del gran drama republicano.

En la segunda época de la República, probablemente es el ministro de Marina el menos confiado. Los enemigos de la República conspiran: no aceptan el veredicto de la mayoría, quieren imponerse por la fuerza. No van a conspirar de una manera incruenta como él lo hacía

cuando no había libertad, para ganar esa libertad. Ahora están abiertos los caminos de las libertades cívicas: tanto, que las elecciones anteriores las han ganado ellos. En esta ocasión, las han perdido y no van a resignarse: si conspiran no es por ganar la libertad que tienen, es por imponerse a la fuerza y eso no va a ser incruento. El ministro conoce a los almirantes y sabe que la "otra España" está ahí: en los fantasmas de Medina Sidonia, de Méndez Núñez y de Cervera. No se fía más que de los humildes. Su paso anterior por el ministerio le facilita la tarea de reforzar la confianza en los Cuerpos auxiliares: los maquinistas sobre todo, pero, además —y he aquí la idea más original de esta coyuntura histórica— selecciona con particular esmero a los radiotelegrafistas de los barcos. Con los buques no se habla por teléfono, ni se pueden enviar emisarios; se habla por radio y el primer oído del navío que navega es el telegrafista. En Madrid, hay una poderosa estación central de radio de la Marina, en Ciudad Lineal. Por eso, hubo allí su tiroteo, pues trataron de apoderarse de ella los almirantes rebeldes, pero allí estaba la gente más leal para retener la estación y asegurar la comunicación con los barcos.

En pleno calor del mes de julio, el ministro presiente acontecimientos graves y se traslada solo a vivir en el ministerio, en los lujosos aposentos de los aristócratas almirantes, aposentos que nunca quiso utilizar para su regalo ni para su comodidad, pero que ahora emplea por deber: 24 horas pegado personalmente a los teléfonos y a los transmisores, abandonando todo lo demás.

Se aproximan los acontecimientos: hay maniobras navales tocando puertos de Marruecos —donde está el grueso del ejército de tierra— y recalando en puertos canarios, donde se encuentra un general de tierra que se llama Francisco Franco. Los contactos entre oficiales de tierra y de mar sirven para azuzarse unos a otros y, de regreso de las maniobras, los mandos navales envalentonados osan desobedecer las órdenes del ministerio. Y salta el primer chispazo de lealtad cuando los fieles telegrafistas —en los buques y en Ciudad Lineal— sin que se enteren los almirantes y arriesgando sus vidas, empiezan a avisar directamente al ministro de la rebeldía de los mandos. Los almirantes se han descarado cambiando rumbos y desobedeciendo órdenes. Todavía el ministro trata de conservar todas las formas de disciplina y de jerarquía, destituyendo altos mandos y ordenando su reemplazo por otros oficiales. Cuando le acusan de haber llegado a los extremos de la violencia, habrá que recordar que también, en esos momentos, fué acusado de blandura y de lentitud por dar la oportunidad a todo oficial, en cualquier escala, de mantenerse leal. La magnitud de la extensión en la rebeldía de los mandos no es ningún justificante para quejarse después, si se pierde la rebelión o si algunos pierden la vida. Todos tuvieron la oportunidad de aceptar la colaboración leal que se les brindaba. Nadie podrá decir con justicia que fué sorprendido ni atropellado. El sorprendido y el atropellado fué el gobierno republicano.

En cambio, las tripulaciones de los barcos no van a ser marinos sublevados como en el acorazado "Potemkin"; no serán marinos rebeldes como en la base naval de Cronstadt que esperan la orden revolucionaria

de Lenin y de Trotsky para sumarse al asalto del palacio de Invierno. Son marinos de España que van a sofocar la rebelión de los almirantes. Se dirá después que la marinería estaba infestada de células comunistas que trataron de seguir el ejemplo ruso. Claro que había marinos comunistas y socialistas y sindicalistas y republicanos, pero no imitaron la revolución rusa. Ellos, los marinos —tan españoles como los almirantes— no se sublevaron; al contrario, se jugaron la vida, y también muchos la perdieron, por reprimir la sublevación de sus mandos contra su gobierno. No hay motín a bordo: la rebelión es la de los aristócratas del mar. El ministro agota todas las posibilidades y da todas las oportunidades hasta que no le dejan más que una única salida, seguros de que no se atreverá a utilizarla. Pero se atreve.

Antes de atreverse con la salida única, forzada, pasan por su mente en rápida sucesión su humanismo liberal, su respeto por la vida humana, su entusiasmo pacifista, Ginebra y el Desarme, lo incruento de sus conspiraciones, su blandura con el almirante que encalló el "Blas de Lezo", su firmeza para indultar al general Sanjurjo... hasta recuerda —en ese momento estelar— el perdón a los jueces de sus oposiciones que no le dieron plaza y se nombraron a sí mismos y de los que no quiso vengarse aprovechando la nueva situación política. Mientras está recordando todo eso, los fieles telegrafistas le están avisando que no hay oficiales que obedezcan, que los mandos están sublevados, y entonces es cuando se atreve con la orden decisiva, con la única salida que le han dejado, con la solución forzada que queda: la orden a los marinos para que detengan la rebelión de los mandos.

Orden que sólo se pudo cumplir contando con la lealtad de los propios marinos —pueblo de España, no tan aristócrata pero sí más numeroso que los almirantes— y, sobre todo, en cuanto a técnica de su ejecución, gracias a la lealtad de los telegrafistas: ellos avisaron al ministro de la rebeldía de los oficiales y ahora el ministro ya no habla más que con los telegrafistas y a ellos les va diciendo que avisen a los maquinistas de la Armada y a los Cuerpos auxiliares para que se hagan cargo de los mandos, que se arme a los cabos y a la marinería y que se detenga a bordo a los oficiales rebeldes. Los maquinistas y los auxiliares, los cabos y la marinería, responden al aviso de los telegrafistas y se apoderan de los buques. La Escuadra se mantiene republicana.

El resultado es más conocido que los medios empleados para lograrlo: la totalidad de la flota activa, con el acorazado "Jaime I" a la cabeza, contra todas las previsiones rebeldes, se mantiene fiel a la República. Dos cruceros aún no han sido puestos en servicio, el "Canarias" y el "Balears"; una de las formas de eficaz ayuda de alemanes e italianos va a ser acelerar su construcción y ponerlos al servicio de los rebeldes. Otro crucero, el "Almirante Cervera" se halla en dique y la base naval es ocupada por el triunfo de la rebelión desde tierra, después de fusilar al jefe de la base, el almirante Azarola, un almirante leal. Pero el nombre del "Almirante Cervera" va a ser el del primer buque rebelde. En letras de molde y en el Diario Oficial, como símbolo de la pugna entre las dos Españas del 98, ha quedado escrito este anatema en forma de

decreto: el ministro universitario, humanista y liberal, el intelectual del 98, declara pirata al "Almirante Cervera".

En pleno fragor de la batalla radiotelegráfica, en la madrugada del 19 de julio, es llamado a Palacio el ministro de Marina. Se disgusta porque le distraigan de su tarea que aún está inconclusa y llena de dificultades. No ha tenido tiempo de enterarse de lo que ocurre en otras partes. En Palacio hay caras nuevas, además de las conocidas como gubernamentales: se ven diputados y dirigentes obreros que no formaban parte del gobierno, pero todos parecen estar de duelo. Se intercambian informaciones y cuando se calculan las posibilidades, la conclusión es seca y terminante: "No queda otra solución sino repartir esos miles de fusiles al pueblo que los está pidiendo".

Parece que no fue una sola voz, sino varias las que preguntaron al unísono, con asombro, con duda o con esperanza, "¿pero usted se atrevería?". Y al reiterar que no quedaba otra salida, el presidente Azaña lo designó jefe del gobierno.

Al evocar esas escenas decisivas en la madrugada del 19 de julio, es inevitable recordar otra madrugada crítica en la historia de la República española: la del 3 de enero de 1874. En esta ocasión, el militar sublevado —que también había jurado no sublevarse— envía un ayudante suyo con un recado al presidente de las Cortes. Con toda solemnidad, éste lo comunica a los señores diputados, quienes protestan airadamente, pero se callan y hasta desaparecen cuando entra en el salón de sesiones un coronel de la guardia civil, respetuosamente, tricornio en mano. Tal vez no sea excesivo tratar de reconstruir aquella madrugada final de la primera República para reflejarla sobre la madrugada crítica de la segunda República. Nadie más autorizado para ello que el novelista-historiador de los "Episodios Nacionales". Así lo cuenta Galdós:

"...vi a D. Nicolás ponerse el sombrero y descender pausadamente de la Presidencia, seguido de los graves maceros. En el Banco Azul, Castelar, con semblante dolorido y actitud de suprema consternación, permanecía en su sitio como un estoico... el truculento general Sánchez Bregua (ministro de la Guerra), en el azoramiento de su retirada forzosa, se dejó olvidada la chistera en el Banco Azul... otro ministro buscó refugio en las habitaciones altas... muchos diputados salieron por una ventana a Floridablanca... yo ví a D. Nicolás salir con el cuello del gabán levantado y tapándose la boca con un pañuelo..."

Y Galdós comenta con frases como éstas:

"...Di a tus amigos los republicanos que lloren sus yerros y procuren enmendarlos para cuando la rueda histórica les traiga por segunda vez el punto de... Pensaba yo que en las grandes crisis de las naciones, la tragedia debe ser tragedia, no comedia desabrida y fácil en la que se sustituye la sangre con agua y azucarillos. El grave mal de nuestra patria es que aquí la paz y la guerra son igualmente deslavazadas y soasainas... En aquel día tonto, el Parlamento y el pueblo fueron dos malos cómicos que no sabían su papel y el ejército suplantó, con sólo cua-

tro tiros al aire, la voluntad de la patria dormida... decía yo para mi sayo, mirando al provenir. Republicanos condenados hoy a larguísima noche: cuando veáis amanecer vuestro día, sed astutos y trágicos..."

Hasta aquí Galdós. Recordemos que era invierno y hacía frío. Así se abandonó el Congreso y la primera República. Pero en 1936, también de madrugada, es verano y hace calor, y hay un ministro que, sin alzar la voz, sin discursos y sin artículos, se atreve a defender la segunda República a todo riesgo. Ha sido difícil hacerlo a bordo de los barcos, pero también va a serlo en Madrid. En efecto, hay 12.000 fusiles en un cuartel, pero sin cerrojos, que están en otro cuartel. Hay que llevar los cerrojos de un cuartel a otro, atravesando todo Madrid, con el pueblo en la calle. ¿Se imaginan ustedes lo que hubiese ocurrido en aquel Madrid si se empiezan a repartir fusiles inútiles, sin cerrojos y sin municiones? Pero todo hay que hacerlo con extraordinaria rapidez: no se olvide que el general Fanjul todavía está sublevado en el cuartel de la Montaña, en medio de Madrid, con muchos fusiles, con muchos soldados y hasta con más cerrojos para más fusiles de fuera; no hay que olvidar que el reparto de armas al pueblo es una medida osada a la que se opone mucha gente —sorprendería conocer detalles sobre esas resistencias—; hay que obrar con cautela, con celeridad y con energía. De ahí que lo primero de todo sea conseguir la rendición del cuartel de la Montaña, mientras fusiles y cerrojos salen de los cuarteles del Pacífico y del Príncipe. A pesar de estar sitiado por el pueblo, heroico pero todavía inerme, a pesar de los esfuerzos heroicos de algunos artilleros leales, la Montaña no se rinde. Recién llegado al palacio de Buenavista y mientras dispone los movimientos de fusiles y cerrojos, oye decir: "Sr. presidente, el cuartel se rinde con un bombardeo de aviación, pero no hay quién se atreva a dar la orden". ¡Otra vez el atrevimiento! Y por tercera vez se atreve con la orden decisiva, ahora para rendir el cuartel de la Montaña. Mientras tanto, los cerrojos han salvado todos los escollos, se han reunido con los fusiles y llegan a manos del pueblo: ha surgido el miliciano y la segunda República no se entrega.

Tres atrevimientos que dejan señalado el contraste histórico entre las dos Repúblicas. El 19 de julio, a diferencia del 3 de enero, no fue un día tonto; ni el pueblo ni los gobernantes fueron malos cómicos, ¡se sabían su papel! y lo desempeñaron con sangre, no con agua y azucarillos. Larguísima noche de 60 años llorando yerros, cuando la rueda de la historia les trajo por segunda vez al punto crítico y vieron amanecer aquel día 19 de julio, los republicanos españoles parece que estaban dando realidad al imperativo histórico de Galdós; sed astutos y trágicos. Porque si grande fué el contenido trágico de esos tres atrevimientos decisivos, no menos grande fué la astucia que necesitaron, es decir, el valor. Quizá sea justo pensar que semejantes atrevimientos puedan llegar a encabezar alguna vez una antología nueva sobre la "Técnica del Contragolpe de Estado". Si, para Curzio Malaparte, la técnica moderna del golpe de Estado está representada en las jornadas de octubre, en Petrogrado, por la preparación técnica de las brigadas especializadas que organizan Trotsky y Antonov Ovseenko para apoderarse de las comunicaciones, los acontecimientos de julio del 36,

en el mar y en Madrid, no desmerecen en originalidad como un modelo de la técnica moderna del contragolpe de Estado. La mayor originalidad consiste en que es un Estado de izquierdas que se defiende del golpe de la derecha. El avezado conspirador incruento ha venido a ser el gobernante republicano astuto y trágico anhelado por Galdós. Por otro lado, esos atrevimientos representan un ejemplo de liberalismo moderno, encarnado en los republicanos españoles, que fijan una actitud, aparentemente contradictoria —y por eso, discutida y criticada— pero bien clara: la del hombre liberal, pacifista, humanista, que no ataca, que no hiere, que no acomete, que no ofende, pero que defiende sus derechos y su posición —que son los de los más, los de los humildes— en cualquier terreno y en cualquier forma, a todo riesgo, llegando hasta el extremo de la violencia si es necesario, para impedir que sea la violencia la que se imponga como régimen de gobierno y como norma permanente de vida.

Menester es insistir en que la segunda República no se entregó y que el contragolpe de Estado fué más eficaz y poderoso que el golpe de Estado, a pesar de la inmensa potencia que éste tuvo, sin precedente alguno. Y es necesario no perder nunca de vista el desarrollo de los acontecimientos, en sus fases bien deslindadas. Quizá nos ayude a esclarecer la situación el destino siguiente del jefe del gobierno. Al mes y medio de esas jornadas dramáticas, le plantea el presidente de la República la conveniencia de dimitir y de ser sustituido por otra persona. Se podría presentar como un simple gesto de modestia de quien no tiene apetencia de mando ni de poder y que, considerando cumplida una misión circunstancial, se retira. Por otra parte, se podría interpretar —y quizá alguien llegó a suponerlo así por un momento— como un intento de fuga por temor tardío. Esta última hipótesis fué desechada en medio de intensa emoción cuando aclaró: “Propongo que me sustituya otra persona en la dirección y yo mismo le daré toda mi colaboración en segunda fila”. Pero lo importante no es la humildad del gesto ni la modestia de la actitud; lo importante es el significado, de mucho mayor alcance. Así razonaba: “El golpe de Estado ha fracasado; como simple golpe de Estado interno, lo hemos vencido. Pero, las cosas se complican fuera de España. Han aparecido moros en las tropas rebeldes: eso implica movilizar soldados extranjeros —súbditos del sultán de Marruecos— en un pleito interior. Como los moros no pueden pasar el estrecho por mar, pues lo impide nuestra Marina leal, están pasando por aire transportados por aviones y pilotos alemanes; uno de ellos, equivocado, aterriza en Barajas; la policía ha encontrado pruebas del compromiso militar de los rebeldes con Mussolini y, de acuerdo con ese compromiso y con otro más secreto con los nazis, ya están llegando tropas italianas y más armas alemanas a través de Portugal. Frente a eso, las naciones demócratas niegan toda clase de ayuda, se resisten a vendernos cualquier tipo de armas; un gobierno de Frente popular, presidido por un socialista, más avanzado que el nuestro, en Francia, se niega a cumplir los tratados comerciales firmados con gobiernos derechistas de la República y su terquedad en no enviar las armas, ya pagadas y que teníamos previa obligación de comprar cuando no nos hacían falta, nos ha costado la caída de Irún. Los políticos franceses están acobardados por la presión inglesa, tiemblan y se estremecen, les llaman “las lloronas”.

Inglaterra está firme en dejar las manos libres a los matones del momento. La mejor solución sería intensificar y encauzar esa inmensa fuerza popular y conseguir armas donde se pueda. Para ambas cosas yo ya no sirvo: he agotado todas las posibilidades internacionales y carezco de popularidad de masas. Hay que encargar del gobierno al dirigente obrero más popular del momento: D. Francisco Largo Caballero, y yo me quedaré en el gabinete como ministro sin cartera”.

Y así se pasó a enfrentar el otro aspecto de nuestro conflicto, la conjura internacional contra la segunda República, lo que con frase afortunada el presidente Avila Camacho designará más tarde como un “golpe de Estado internacional”. Durante toda nuestra guerra internacional, el ex-jefe del gobierno sigue al pie del cañón, como ministro sin cartera, como ministro de Estado, como encargado de canjes —interesante libro ignorado en las historias recientes, “Año y medio de gestión de canjes”—, como miembro del Consejo Superior de guerra, como ejecutor de misiones especiales y reservadas. No descansa por nada: mientras sufre ataques de padecimientos dolorosos que le obligan a guardar cama, la operación de Teruel se tiene que planear alrededor de su lecho de enfermo donde acude a reunirse el Consejo Superior de guerra. Trabaja en segunda fila, sin descanso, sin desmayos, sin recelos, sin envidias, con entusiasmo. Qué entusiasmo el suyo cuando —a poco de dejar la jefatura del gobierno— llega a Cartagena el vapor “Magallanes”... con armas de México. Qué importa que sea otro primer ministro el que recibe y maneja ese valioso refuerzo que va a servir para detener la marcha rebelde entre Toledo y Madrid. Se acuerda que, cuando decidió pedir armas a México, se rieron de él: si llegan, le decían, ya no estaremos aquí. En efecto, él ya no está en la presidencia, pero la guerra sigue y esa oportuna llegada del “Magallanes” con los fusiles de México tiene varios significados. En primer lugar, representa la ayuda limpia, justa y desinteresada; es el primer gesto del presidente Cárdenas. Por otra parte, su entusiasmo se basa en la forma en que ha pasado el estrecho de Gibraltar, pues la aviación rebelde —ya descaradamente alemana e italiana— ha intentado hundirle y la escasa flota rebelde reforzada por barcos italianos ha tratado de cortarle el paso; pero el “Magallanes” pasó protegido por la Marina republicana, la de los fieles telegrafistas, la de los maquinistas y los auxiliares, la de los cabos y la marinería.

El paso del “Magallanes” por el estrecho fue una de las primeras victorias navales de la nueva Marina republicana.

Pero ya sabemos que ni los heroísmos de los marinos, ni los de todo el pueblo español, en el frente y en la retaguardia, ni la justicia de nuestra postura, ni la fuerza de nuestro derecho... pudieron impedir el triunfo del golpe de Estado internacional.

Exilio mexicano. Vuelta a la profesión: trabajo en laboratorios farmacéuticos. Vuelta a la vocación: enseñanza en el Instituto Politécnico Nacional, estudio de alimentos, iniciación de la escuela mexicana de químicos de alimentos: su primer discípulo, el Dr. Cravioto, es ahora una autoridad internacional en química de la nutrición. Valor alimen-

ticio de la parota y otras semillas mexicanas, como fuentes de proteínas. Estudios sobre el maíz.

Un día llega un profesor peruano de química a visitarle, porque tenía la curiosidad de ver cómo vivía, pues en Lima ha oído la radio de Madrid donde le describen viviendo en aposentos fastuosos con multitud de sirvientes. Por cierto, que quizá conozcan al locutor —nos dijo—; no sé si el nombre les pueda decir algo, era un tal Pérez Madrigal.

Y surge otra vez la llamada de la política. 1945. Creación del gobierno en el exilio; vuelve a ser presidente. Ahora se trata de deshacer los estragos del golpe de Estado internacional en un nuevo teatro de operaciones. Intenta el “contragolpe de Estado internacional” en las recién nacidas Naciones Unidas. Se llega a constituir una Comisión especial sobre España. La propaganda sobre la República peregrina y las esperanzas sobre su destino alcanzan el más alto nivel. Y eso que no hay medios para nada, salvo un arma poderosa, aunque difícil de manejar: la razón. ¡Cómo recuerda entonces al gran intelectual de la política republicana! ¡Cómo recuerda el anatema que fulminó en el propio claustro de la Universidad salmantina sobre los militares ebrios de militarismo! ¡Qué satisfacción la suya porque lo más grande y definitivo que se ha dicho sobre nuestro conflicto lo dijo D. Miguel y en Salamanca, en momentos dramáticos! Tan grande es que todavía flota en el ambiente como esperanza final.

Esa es su inspiración en esta nueva fase. Ellos —la otra España— han vencido por la fuerza bruta. Nosotros tenemos que convencer. Y se dedica a convencer pacientemente a todos los miembros de las Naciones Unidas. Contra las previsiones de todo el mundo, contra la opinión y hasta contra la gestión de algunos republicanos emigrados, casi solo, convence a las Naciones Unidas. Fué un triunfo personalísimo, triunfo de una firme voluntad, triunfo de una dialéctica esclarecida y tenaz, haber logrado aquel acuerdo de fines del 46 en que la Asamblea general de las Naciones Unidas, por mayoría de votos, acordó retirar las representaciones diplomáticas de Madrid.

Es difícil entender cómo, a raíz de ese extraordinario triunfo del humanista liberal, la emigración republicana lo retira de toda actividad política y lo envía al ostracismo. Pero también es difícil explicar cómo las propias Naciones Unidas tienen que hacer juegos malabares con sus compromisos diplomáticos para olvidar aquel acuerdo y llegar un día en que ellas mismas voten la admisión de lo que antes repudiaron.

De nuevo a la vocación, de nuevo al laboratorio, ahora en la Universidad de México, Escuela de Ciencias Químicas. Catorce años de profesor de tiempo completo en el viejo edificio de Tacuba. Nuevos estudios sobre el maíz, nuevos estudios de alimentos mexicanos, estudios buscando nuevas fuentes de alimentos, las levaduras como posibilidad alimenticia.

Lo mismo ahora en la Universidad que antes en el Politécnico, o que en su época española, tanto en la Universidad de Salamanca como en la de Madrid, sus alumnos de química nunca saben de su pensamien-

to ni de sus andanzas políticas: tiene alumnos de todas clases e ideas. En el magisterio y en la investigación científica su mejor lección será la de la democracia, la tolerancia y el liberalismo, lección eminentemente práctica, no teórica.

Por muchas cosas que pasen, es imposible resistir el anhelo de defender la justicia y la razón de la segunda República. Por eso, cuando aparece en el mundo un grupo donde cree que puede hacer algo, allá vá. Se llama, el nuevo grupo, “Congresos por la Paz”. Allí acude y sigue convenciendo. Pero esos Congresos tienen cierto color: espíritus pequeños piensan y lenguas maliciosas dicen que el liberal humanista ya se echó a perder, que ya se adulteró y —achagues de vejez— se entregó para ser juguete del totalitarismo rojo. Y cuando alguien se lo dice, él contesta: “Voy allí porque es un lugar donde se entiende la justicia de la República española; donde representantes de 80 naciones —comunistas y no comunistas—, intelectuales, científicos, hombres de todas las razas y religiones, siguen creyendo en la República y nos apoyan. No puedo ser insensible a ese aliento. Pero el día que dejen de creer y de apoyarnos, dejaré de ir”.

Y así lo cumplió. El último Congreso a que asistió —Viena, 1955— lo aprovechó para combinarlo con un viaje a Moscú y a Pekín. Es la última salida de D. Quijote al campo internacional. Iba profundamente preocupado; se temía lo que iba a ocurrir y quería evitarlo. Ya en Viena no pudo ver a quien más podía influir en una decisión: el delegado soviético; lo buscó en Moscú, tampoco dió con él, se escurría. Quiso presionar por reflejo desde Pekín; volando solo, cumplía 76 años en mitad de Siberia. Nada sirvió y, de regreso a México, la noticia fatal, definitiva: el régimen espurio de España es admitido en las Naciones Unidas... con el voto de Rusia y de todos sus satélites, pero no con el de México. Continúa la conjura internacional contra la República española.

Tal como lo había anunciado, el mismo día que el régimen franquista fué consagrado en las Naciones Unidas, escribió a los Congresos de la Paz renunciando a su puesto directivo. Le contesta consternado el presidente: carta noble, apenada, es un científico eminente y se respetan los dos, es el físico francés Joliot-Curie. Pero también escribe a ese hombre clave que buscaba con ahinco en Viena y en Moscú, el delegado soviético: es el escritor Ilya Ehrenburg. ¿Por qué le busca con tanto afán y le persigue hasta obligarle a contestar? Sencillamente porque no le perdona que, años antes, cuando era el rebelde sin causa de la literatura contemporánea, tomase a broma nuestra República, la del primer bienio, la de la Constitución, la de los ideales puros. Tenía clavada en el corazón la espina del libro aquel que ya pinchaba con el título. “España, República de trabajadores”. Nada menos que tomar a broma el artículo primero de la Constitución, para luego hablar de la República “de honrados profesores a quienes dan ganas de decir: roben pero gobiernen”. El honrado profesor que no ha robado y que ha gobernado como ha podido, buscaba enfrentarse al deslenguado escritor para decirle: “No nos vuelvan a vender, ustedes los que ahora gobiernan al mundo a fuerza de andar robando ideales a los puros de espíritu, a los honrados profesores liberales que seguimos sin robar. No nos sacrifiquen otra vez”. Y

cuando el escritor soviético escribe lleno de prejuicios y explicaciones para explicar lo inexplicable —el sucio juego de los pasteos y las componendas en la política de intereses— cobra realidad la metáfora que un día ideara otro puro ejemplar de la intelectualidad republicana, su gran amigo D. Mariano Ruiz Funes: el honesto profesor republicano mira de frente, con la cabeza alta, y la mirada del escritor soviético se agacha, porque son muy pocos los que pueden resistir la mirada de frente de un republicano español.

Al cabo de cinco siglos, y en circunstancias similares, hay que repetir las mismas palabras del poeta humanista:

Que aunque la vida perdió,  
Nos dejó hartos consuelo  
Su memoria.

## PALABRAS DEL DR. MANUEL MARTINEZ BAEZ

Señor Presidente,

Señoras, señores:

Agradezco sinceramente la invitación que se me ha hecho para participar en este acto de homenaje a la memoria del Doctor don José Giral. La estimo como un honor y si la he aceptado sin pararme a tomar en cuenta mis limitaciones, ha sido por dos motivos: porque siendo miembro de este Ateneo estoy dispuesto a hacer lo que él me pida, dentro de mi escasa posibilidad, y, sobre todo, porque habiendo tenido el privilegio de conocer y de tratar con asiduidad a don José Giral, sentí gran afecto y admiración respetuosa para él. Si el Evangelista acertó al afirmar que lo que abunda en el corazón sube a los labios, espero que la magnitud de ese sentimiento me ayude a decir algo de lo mucho que es debido en alabanza de aquel varón eminente que ejerció en alto grado las más preclaras virtudes humanas.

Habéis escuchado ya y escucharéis después a quienes mejor que yo le conocieron y por ello más le amaron y le admiraron. Ellos han dicho y dirán lo más sobresaliente de su vida y el relato de esos hechos, algunos con calidad y dimensión de hazañas, será el mejor de los elogios que pueda hacerse del hombre insigne en cuya memoria se hace hoy este homenaje. ¿Qué podré yo decirlos, entonces, y qué sentido tiene mi intervención en este acto?

Voy a decirlos, sencillamente, el recuerdo que guardo del Doctor Giral; la imagen que se forma en mi mente cuando pienso en él; aquello que me hizo admirarle como ejemplo viviente de la dedicación total al cumplimiento de los deberes del hombre. Y si mi intervención aquí necesitare alguna justificación, me amparo en mi calidad de mexicano para decirlos que sin que nadie me haya dado representación alguna, pienso que como el Doctor Giral vivió, trabajó, sufrió y murió en esta tierra y en ella también disfrutó vivas satisfacciones personales, algo tendrá que decir en este acto algún mexicano —y muchos otros lo harían mejor que yo— en elogio de quien dió contribución valiosa al desarrollo científico de México, y, además, dejó entre quienes tuvimos la honra de conocerle, la lección viva de su ejemplo.

Perdonadme si no pudiendo hacer historia o biografía tenga que limitarme casi a lo anecdótico o, en todo caso, a lo que son impresiones personales mías. A lo largo de mi vida nació y creció el interés por España que todo mexicano debiera sentir. Cuando, en 1929, una comisión oficial me hizo ir a ese país, sentí que realizaba el mejor de mis sueños.

Pasé entonces unas semanas en Madrid y tuve la suerte de conocer allí algunas personalidades de su medio intelectual; me asomé a varias de sus instituciones científicas, hablé con doctos maestros y con despiertos estudiantes y, a través de todo ello, España me apareció vigorosa, juvenil, progresista. Sentí claramente el intenso progreso de las ciencias, tanto en su investigación como en su difusión, logrado en buena parte gracias al impulso inicial que figuras señeras, como las de Giner de los Ríos y Ramón y Cajal, dieron en ambos sentidos a través de la Junta de Ampliación de Estudios. También me di cuenta clara de cómo lo mismo entre hombres ya maduros que entre los jóvenes, había ansia de renovación en el aspecto político, la cual se manifestaba por entonces, concretamente, en aquella lucha que muchos de vosotros conocísteis tan bien, puesto que en ella participásteis, en contra de la dictadura de Primo de Rivera.

Vuelto a México, mi avivado interés por España encontró cauce que lo hizo más intenso, en aquella "peña" que fundó el ilustre Doctor don Pío del Río Hortega cuando vino a México, y que se reunía primero en el extinto Café Colón y después en el café del Hotel Imperial. Era animador principal de aquella tertulia mi maestro y admirado amigo el Dr. D. Tomás G. Perrín, uno de los españoles que más amor para España ha conquistado en México. En aquella peña nos reuníamos algunos médicos mexicanos, otros compatriotas de varias profesiones y cuanto español ilustre pasaba por México. Nuestras cordiales reuniones fomentaban entre los contertulios el interés por España y nos mantenían informados de lo que ocurría en aquella tierra.

Un día, mientras un escritor español recién llegado nos ponderaba cómo la evolución política de España había llegado al punto en que no pasarían ni tres meses antes de que se instaurase allí la república, un vendedor de periódicos se acercó a nosotros pregonando la noticia principal de un diario de la tarde: la proclamación de la República Española. Aquella era la tarde del 14 de abril de 1931, fecha que en tantos se grabó como una aurora de esperanzas y de ilusiones.

Grande fue el regocijo que aquella nueva nos causó. Pensamos que el progreso de España había llegado también a su organización política y que el nuevo régimen traería mayor bienestar al pueblo español y renovado impulso al adelanto de las ciencias y de las artes, augurio éste que parecía confirmarse cuando nos enterábamos, con sincera emoción, de quiénes eran algunos de los que formaban el primer gobierno republicano.

Día a día íbamos siguiendo la marcha de los sucesos en España y nos sentíamos cada vez más cercanos a nuestros hermanos españoles. Sabíamos de los triunfos y de los fracasos del nuevo régimen; seguíamos paso a paso la discusión en las Cortes de la nueva Constitución; admirábamos la magnanimidad del nuevo Gobierno, manifiesta ora en la concesión de la ciudadanía española a los hispanoamericanos, ora en la clemencia que perdonaba la vida a militares infidentes y a políticos traidores que más de una vez intentaron subvertir el nuevo orden legal. A veces nos angustiaban un tanto los titubeos de algunos de aquellos profesores universitarios empeñados en tareas de políticos, frente a los obstáculos

los que sembraba la fuerza tradicional de la reacción, a quien la liberalidad del nuevo régimen había dado toda libertad para actuar. Sin embargo, nunca llegamos a pensar, en nuestra limpia candidez, en la posibilidad de un contubernio como el que formaron militares resentidos y clérigos amargados con tiranos desenfrenados que desde sus países miraron en España un campo de experimentación para afilarse las garras que emplearían en sus designios de dominar al mundo.

También llegó a nuestra "peña", una tarde, la noticia de la sublevación de Franco, y en tardes posteriores seguían llegando otras noticias de la naciente guerra civil. Frecuentaba por aquellos días nuestra "peña" un contertulio cuya profesión suele estar representada en las "peñas" españolas; era un torero, un ex-matador de toros con breve pasado de éxito y de esplendor, recién llegado de España y por ello portador de frescas noticias y de directas impresiones. Fue Bernardo Casielles quien nos habló por primera vez de la figura sobresaliente de un ex-profesor de la Universidad de Salamanca, después de la Central de Madrid, de la que era también Rector y que ya había sido varias veces ministro en el Gobierno Republicano. Aquel personaje era nuestro don José Giral, y Casielles nos contaba, con lenguaje pintoresco, de aquel intelectual modesto, sencillo, tranquilo, pero extraordinario por varias circunstancias, la más patente de las cuales era, por entonces, la de haber tenido el valor de aceptar la Presidencia del Gobierno Español cuando acababa de estallar la rebelión de Franco, dando la cara conscientemente a la grave situación del país y olvidándose, al parecer, de que lo más amado para él, sus familiares más cercanos, estaban en aquellos momentos en una zona dominada por los rebeldes. Seguimos después desde aquí la actuación decidida y valiente de don José Giral, en la que destacara su designio de crear la fuerza defensiva más importante de la legalidad republicana, la del pueblo en armas, la que nunca habría sido derrotada si no hubiesen intervenido Hitler y Mussolini, los siniestros.

Todos sabéis demasiado bien lo demás. De todo seguíamos informados. Los intelectuales que llegaban de España venían a nuestra "peña" y nos contaban mucho de lo que habían visto, muy poco de lo que habían sufrido. Nuestro contacto con ellos hizo más vivo nuestro amor a España y aumentó la lucidez con que sentíamos y entendíamos su razón y su justicia.

Llegó el año de 1939. En grupos numerosos llegaron entonces quienes perdieron hogar, trabajo, patria, todos sus bienes materiales, por haber sido fieles a su ideal del deber, de la dignidad y del honor; por haber servido sin desmayo la causa de la libertad y de la grandeza de su patria. Con ellos llegó don José Giral. Vino también a nuestra "peña" y allí nos encontró, con los brazos abiertos para el saludo cordial y con los ojos nublados por la emoción al mirar al hombre que dejando temporalmente sus labores como profesor universitario e investigador científico, había acudido sin vacilar a los puestos de mayor riesgo y los más difíciles para servir a su patria.

Muchas veces conversó con nosotros. Su voz, pausada y grave, nos contaba algunos episodios de la lucha y, sobre todo, nos decía su esperan-

za de que, terminada la Guerra Mundial II, que por entonces comenzaba y que puso a descubierto el sentido real de la intervención de Hitler y Mussolini en la contienda española, se impusiese al fin la fuerza de la suprema legalidad, la emanada de la voluntad del pueblo. En sus palabras, en su acento, en su actitud toda no aparecía amargura ni resentimiento, sino sólo el dolor de quien supo tan bien como él de los enormes sufrimientos del pueblo español, pero, más que nada, hacía sentir su serena confianza en que la derrota de la República sólo era pasajera y que pronto la veríamos restaurada, más firme que antes, madurada ya con la dura experiencia adquirida.

Algunos años después, encontrándome en Londres, oí una tarde desde mi habitación el vocerío de una multitud que iba por Picadilly en manifestación pública. Era un numeroso grupo de gente del pueblo que daba la bienvenida al Presidente del Gobierno Republicano Español en el Exilio, quien acababa de llegar a esa capital, de paso hacia París, en donde tal Gobierno tenía su sede. Aquella multitud saludaba a don José Giral, quien nuevamente había dejado tareas de docencia y de investigación para acudir al llamado de su patria y asumir responsabilidades de la mayor importancia. En París le visité varias veces, en su despacho como Jefe del Gobierno, y siempre me recibió con igual sencillez y cordialidad que la que desplegaba cuando venía a nuestra "peña" del Hotel Imperial. La labor que hizo entonces fue de gran trascendencia, como que logró que el más alto organismo internacional reconociese la razón que asistía a los republicanos españoles y, como consecuencia, que aprobase recomendar a los gobiernos de los Estados Miembros el retiro de sus embajadores ante el gobierno espurio de Franco.

Vueltos ambos a México muchas veces tuve la suerte de departir con don José Giral. Fui designado para formar parte del patronato del Colegio Madrid, cuando la atingencia del ilustre Embajador de la República Española, don Luis Nicolau y D'Olwer hizo de esa institución monumento vivo y perenne de la amistad hispanomexicana. Don José presidió hasta su muerte ese patronato. Periódicamente nos reuníamos en su casa, en aquel modesto despacho suyo, entre sus libros y revistas de química, sus papeles de maestro en el Instituto Politécnico Nacional y las pruebas de sus libros originales o de sus traducciones. Procurábamos algunos llegar antes de la hora de la cita para oír de sus labios las últimas noticias sobre la situación en España y para escuchar sus comentarios y sus pareceres. Desligado entonces, oficialmente, del Gobierno, conservaba, por supuesto, la jerarquía superior que le daban su propia personalidad y el haber ocupado, con eficiencia y dignidad, los más altos puestos en la política nueva de su país. Por ello todo republicano importante, en París, en Caracas, en Buenos Aires, en México o donde quiera, estaba siempre en comunicación con don José y lo mantenía informado de cuanto pasaba en relación con España.

Siempre lo encontramos optimista; siempre esperó que la cuestión española se resolvería pronto de acuerdo con la razón y la justicia; siempre interpretó los menudos sucesos del día, los movimientos de quienes usurpaban el poder en España, las reacciones de quienes gobernaban en

otros países, como favorables directa o indirectamente a la causa de la legalidad republicana.

Sin embargo, unos meses antes de su muerte comenzamos a notar, cuando asistíamos a las reuniones del Patronato del Colegio Madrid, que nuestro Presidente no parecía ya tan optimista como antes; no le hallábamos ya tan comunicativo, tan lleno de buenas noticias. Se fue volviendo taciturno y casi todos pensaron que era la enfermedad lo que lo hacía aparecer deprimido, silencioso, pesimista. Pero le habíamos visto ya otras veces padecer por mala salud y desdeñar el sufrimiento físico, omitir toda queja y, como siempre, poner por encima de sus problemas personales su devoción entusiasta por la causa de España. Hoy, ya muerto don José, no sabría decir yo, al fin mal médico, si la enfermedad le hizo perder la esperanza o si por no esperar ya enfermó y murió.

Ya no está con nosotros. Se nos fue como se han ido de aquí tantos otros españoles eminentes que llegaron heridos y maltrechos, pero poniendo sobre sus dolores y escondiendo sus heridas el firme sentido español del honor, su convicción incommovible en la fuerza de la razón, el empeño tenaz en reconstruir sus vidas rotas en espera del día glorioso de la vuelta a la patria, con la frente alta, recibiendo la consideración que merecen quienes supieron cumplir su deber y ser fieles a sus ideales.

Se nos ha marchado don José Giral. Sus restos mortales siguen esperando en esta tierra mía de México, que aunque para muchos españoles ha sido una patria más, bien sé que sólo puede ser una segunda patria, ya que para el hombre bien nacido no hay ni debe haber tierra mejor que la suya, así sea pobre o árida, así la posean hombres y mujeres de bien o la disfruten traidores o rufianes. Sigue don José Giral sufriendo pena de destierro; desterrado estuvo en vida y, muerto ya, sigue desterrado. Un escritor nuestro dijo, en sus tiempos mejores, que no concebía delito o crimen tan grave que mereciese en justicia pena tan cruel como la del destierro. Sin embargo, vemos con dolor cómo la sufren y la han sufrido no sólo quienes fueron inocentes de toda culpa, sino quienes, además, se hicieron acreedores al aprecio y al respeto de todos por que sirviendo y honrando a su patria, a veces en grado de heroicidad, ganaron cumplidamente el noble título de patriotas. La tierra de México guarda hoy los restos de Giral, pero un día los entregará, no lo dudo, a quien pertenecen, a la tierra hermana de España, cuando los reclamen para que algo de lo que esos restos fueron pueda ser y estar en esa otra España Nueva con la que soñamos y en la que esperamos: una España de hombres auténticamente libres, en la que vivan y fructifiquen y luzcan la grandeza y la gracia, el color y el aroma, la palabra y la canción y todos los valores que atesora ese pueblo magnífico que por siglos ha estado aguardando la plena floración de su destino.

Os he dicho ahora cómo recuerdo a don José Giral; como a un haz compacto de las mejores virtudes humanas. Amoroso hasta la ternura con los suyos, pero dispuesto a sacrificar a su familia si su patria lo ponía en ese trance; entusiasta de su misión de maestro, pero ambicionando enseñar algo más que su asignatura, enseñando también cómo se sirve cabalmente a la Patria; investigador de las verdades que busca la cien-

cia de la química, pero también escudriñador acucioso de lo que su pueblo es, quiere y necesita. Hombre dotado, además, de una rara cualidad: la ecuanimidad. Le vi lo mismo en aquella tarde en que por primera vez vino a nuestra "peña" que en aquella otra cuando la multitud obrera lo aclamaba en Londres; igual en su despacho de Jefe del Gobierno, en París, que caminando a pie, enfermo y cansado, pero erguido y sereno, rumbo a su cátedra en el Politécnico. Lo recuerdo con la mirada iluminada por la ternura cuando mencionaba al hijo predilecto, a Francisco, o cuando se refería a sus ilustres parientes los sabios maestros don Urbano González de la Calle y don Francisco Barnés, o cuando aludía a su esposa, a sus demás hijos, a sus tiernos nietecillos. Su mirada era también tierna cuando nos decía de los enormes sacrificios del pueblo español por defender su libertad. Y cuando llegaba la ocasión de referirse a la traición de algunos españoles, de la pusilanimidad de algunos gobiernos que ofrecieron ayudar a la legalidad española pero nunca lo hicieron, o al complejo y acio juego de algunos medios internacionales, su grave voz no se alteraba ni sus ademanes mostraban el desorden de la pasión. Sereno y firme esperó y creyó siempre en el triunfo de la razón y de la justicia. Cuando se cansó de esperar y cuando ya no pudo creer se marchó para siempre.

Así recuerdo a don José Giral: como a uno de los hombres de más altas cualidades que haya tenido el privilegio de conocer. Cuando le mire en mi recuerdo, me parecerá que contemplo el arquetipo de aquello de quien dijera su colega y amigo, don Miguel de Unamuno: "era nada menos que todo un hombre".

## PALABRAS DE DON BERNARDO GINER DE LOS RIOS

Sra. Vda. e Hijos de D. José Giral;

Sr. Ministro Encargado de Negocios de España;

Sr. Presidente del Ateneo Español, Sras. y Sres.:

Agradezco al Ateneo Español de México que se haya contado conmigo para este acto de "Homenaje a la memoria de don José Giral". Ello me proporciona una nueva oportunidad de rendir público testimonio de mi admiración hacia la figura del hombre del que tuve el privilegio de ser su colaborador: hecho que, con el de haberlo sido, también, de otro republicano insigne, el Sr. Martínez Barrio, constituye motivo de mi mayor orgullo, en ese período de mi vida de político circunstancial.

Desgraciadamente soy el único superviviente de aquel Gobierno que él presidió, el 19 de julio de 1936!

### LISTA DEL GOBIERNO GIRAL DE 19 DE JULIO DE 1936

PRESIDENCIA Y MARINA: Don José Giral Pereira.

ESTADO: Don Augusto Barcia Trélles.

JUSTICIA: Don Manuel Blasco Garzón.

GUERRA: General Castelló.

GOBERNACION: General Pozas.

HACIENDA: D. Enrique R. Ramos.

INSTRUCCION PUBLICA: Don Francisco Barnés.

TRABAJO: Don Juan Lluhi Vallescá.

AGRICULTURA: Don Mariano Ruiz-Funes.

INDUSTRIA Y COMERCIO: D. Plácido Alvarez Buylla, y

COMUNICACIONES Y MARINA MERCANTE, el que os habla.

POSTERIORMENTE FUE NOMBRADO MINISTRO DE OBRAS PUBLICAS DON ANTONIO VELA, Y, MAS TARDE, SUSTITUYENDO AL GENERAL CASTELLO, FUE DESIGNADO MINISTRO DE LA GUERRA DON JUAN HERNANDEZ SARABIA.

La mayoría de ellos (Pozas, Barnés, Lluhi, Ruiz-Funes y el general Sarabia) han muerto en México... ¡Desolador panorama, como comprenderéis, el que contemplan mis ojos!...

Comenzaba, pues, aquel día 19 de julio, a que me refiero, la guerra

civil. Podíamos considerarnos, completos aún los cuadros de mando y en territorio nacional, un Gobierno con plena autoridad y dominio. Aquel equipo, como los que vinieron después, claro es, presididos por los señores Largo Caballero y Negrín, y lo mismo que los que, ya en el exilio, fueron presididos, en París, por el propio Sr. Giral y por los Sres. Llopis, Alborno, Gordón, Herrera, y el que actualmente preside el Sr. Sánchez Alborno, han sido todos igualmente legítimos, ya que han representado y representan la legalidad republicana, pero no tan normales y representativos como aquel a que me refiero.

Sin establecer parangón, que ello no cabe hacerlo; sin comparar gestos, sí he de decir que, en 24 horas, dos hombres, los más representativos en aquellos momentos: uno jugándose, y perdiéndola (aunque fuera transitoriamente), su popularidad, el Sr. Martínez Barrio, (aquella noche dramática en que tratando aún, por encargo del Presidente Azaña, de evitar la guerra, hubo de desistir, ya de madrugada, ante la actitud turbia de agentes provocadores); el otro, el Sr. Giral, aceptando sin pestañear, el encargo, fracasado el intento anterior, de formar el primer Gobierno de guerra. Ejemplos, ambos, admirables de esos hombres, pertenecientes a una generación de figuras señeras...

Existe un paralelismo en la actuación política del Sr. Giral, como presidente del Consejo de Ministros: el primer Gobierno de la mal llamada guerra civil, que no fué sino una sublevación militar, lo presidió el Sr. Giral. El primer Gobierno en el exilio, al reconocer México la legalidad de las instituciones republicanas, en 1945, lo presidió, también, el Sr. Giral. Sin demérito para ninguno, glorioso fué aquel momento de 1936: igualmente glorioso el de 1945-46 en el que internacionalmente, más justicia (aunque fuera efímera y fugaz), logró Giral que se hiciera a nuestra causa, por las llamadas democracias representadas en las Naciones Unidas... (En un inciso diré que inolvidable fué aquel espectáculo de diciembre de 1946, cuando la "ONU", todavía sin edificio propio, celebraba sus reuniones en unos pabellones que habían sido de la Feria de New-York del año de 1939, y donde se logró, por el presidente del Consejo, aquellas recomendaciones que hubieron de cumplir todas las naciones-miembros, retirando sus embajadores de Madrid... Regresábamos de México, después de la toma de posesión del Presidente Alemán, el Pte. Martínez Barrio y yo, hacia París, y coincidimos allí con el Sr. Giral en aquellos días memorables...).

Pero volvamos a aquel 18 de julio de 1936, en que, con una serenidad que, más de una vez, he calificado, de lo que fué, asombrosa... el Sr. Giral aceptó el encargo de formar Gobierno. No participaban en él los socialistas. Como habéis visto por la lista de sus componentes, pertenecíamos todos los Ministros a los Partidos Republicanos ("Izquierda Republicana" y "Unión Republicana"), más Catalanes, Vascos y los militares citados, Pozas, Castelló y Sarabia. El primer Consejo de Ministros lo celebramos en el Ministerio de Marina, del cual había sido titular el Sr. Giral en el Gobierno anterior de Cásares Quiroga. ¡Memorable Consejo de Ministros aquél... en que tuvimos que conocer, de labios del general Pozas, la terrible realidad: la de unos pocos, muy pocos, regimientos leales y la traición de los más, en la propia capital!... Hu-

bimos de interrumpir las deliberaciones, ante el clamor que subía de la calle, para presenciar aquel desbordamiento popular; aquel fervor, de aquellos muchachos, arrastrando por el Salón del Prado, aquel famoso cañón de 75, que enfilaron después por la calle de Alcalá y que llevaron, al fin, al Cuartel de la Montaña, con el que, ayudados por la aviación, obligaron a rendirse a la guarnición, y a los allí encerrados, como el general Fanjul...

Reanudado el Consejo, la previsión, producto de la ecuanimidad, una de las características del carácter del Sr. Giral, llevó al planteamiento inmediato de qué debía hacerse con el Gobierno si (como sabíamos planeaban los sublevados), triunfaba el anunciado por ellos "*Paseo Militar*". Proponía el Sr. Giral que, con él, se quedaran en Madrid los Ministros de la Guerra y Gobernación —ya que él era, además, Ministro de Marina—, saliendo todos nosotros, acompañando al Presidente de la República, hacia Levante. Yo hube de objetar al presidente Giral que el Ministro de Comunicaciones era obligado que permaneciera a su lado, y rogándome que perdonara la omisión, me replicó: "Naturalmente: usted también se queda en Madrid"...

Como es sabido no hubo necesidad de que ni el presidente Azaña ni los Ministros salieran de Madrid, en el Douglas que yo tenía preparado, desde el primer momento, por orden expresa del Sr. Giral, en Barajas. Fracasada la rebelión en las principales capitales, pudimos permanecer todos en Madrid hasta el 5 de noviembre, en que el enemigo llegaba a las tapias de la Casa de Campo.

Hace poco, hablando a los alumnos del Colegio Madrid, en un acto, como éste, en memoria de D. José, que fué Presidente del Patronato del Colegio, les decía "Tuve el honor de ser compañero suyo en el Gobierno anterior, presidido por Casares Quiroga; de haberlo sido, después, como colaborador suyo, en el Gobierno por él presidido; de haber sido Ministro con él en todos los Gobiernos, hasta la terminación de la guerra: es decir: juntos desde mayo de 1936 hasta marzo de 1939, sin interrupción, lo que me da derecho y autoridad para proclamar que es difícil encontrar un hombre que, con naturalidad, con modestia, con sencillez (ropajes con los que, sin proponérselo, ocultaba y envolvía una gran entereza y una evidente valentía), como el Sr. Giral, que haya puesto al servicio de la patria lo que él puso".

Y esto tiene sus antecedentes en Salamanca, cuando dejaba su vocación, la de su cátedra, por actuar en política. Y esto se vuelve a repetir en Madrid, donde hace lo mismo, acarreándole los mismos sacrificios y las mismas consecuencias, y todo se repite durante la República y durante la guerra. Pero es que, acabada ésta, cuando apenas comenzaba a asegurar su subsistencia, y la de los suyos, en México, vuelve a la brecha, tan pronto como el Presidente interino de la República, Martínez Barrio, le encarga de formar Gobierno; y lo forma y, abandonándolo todo, marcha a New-York y París, con el Presidente de la República (y yo con ellos seguidamente); para comenzar una nueva etapa de luchas, de sacrificios, de dificultades, que he conocido en toda su complejidad, presenciando aquel admirable desinterés. Ese concepto del deber; ese decidido

ímpetu para cada momento y para cada hora, esa serena aceptación de la constante adversidad, sin levantar la voz, a lo sumo con unas pocas palabras, llenas de ironía y de amargura, han sido las características de este hombre ejemplar que hoy estamos aquí recordando.

El anecdotario sería interminable. No puedo, no debo, ahora hacer sino un a modo de índice de lo más saliente de él. ¡Son tantas las cosas que he vivido a su lado, tanto en España, como en México y en París!...

Terminada su etapa de Presidente del Consejo, en España; pasada su época de Ministro de Relaciones Exteriores; queda, al fin, como Ministro sin cartera, perteneciendo a aquel Comité de Guerra que, dentro del Gobierno, creara el Dr. Negrín. Pero su función, especialmente, fué una, bien difícil y bien ingrata, que repartió con el otro Ministro sin cartera, el Sr. Irujo, que se ocupaba del canje de prisioneros de guerra. Esta delicada misión la llevó a cabo hasta poco tiempo antes de salir, por el Pirineo, acompañando al Presidente Azaña y al de las Cortes, Martínez Barrio, siguiendo con ellos hasta París.

Llegado a México no deja nunca de actuar, hasta que, en 1945, las Cortes se reúnen y, presentada la cuestión de confianza por el Dr. Negrín, abierta la crisis, por el recién elegido Presidente interino de la República, el Sr. Martínez Barrio, le encarga de formar Gobierno. Quedarán, por su calidad y por su entereza, dos discursos suyos memorables: el de la declaración ministerial y el que pronunciara, en la Sala de Cabildos donde nos reuníamos los diputados, con motivo de un primer debate político, que mucho se parecía a los clásicos debates políticos que se planteaban en el Congreso de los Diputados de Madrid, cuando de la votación de un voto de confianza al Gobierno se trataba.

Llegados a París en febrero de 1946, se encierra, casi solo, con íntimos colaboradores, en sus habitaciones de la Ciudad Universitaria. El clima inhóspito de aquel entonces hace que el universitario se sienta más acogido y con más calor en el ambiente universitario. Allí trabajaba horas y horas, sin límite y sin descanso, para ir, mucho después, a la Av. Foch, donde estaba la Casa del Gobierno, y donde le espera la tarea de recibir, de despachar, de ordenar, ya que no hay que olvidar que, durante su mandato, el Gobierno tenía sus cuadros bastante completos, así como la Casa Presidencial, en la Av. Poincaré, esquina a la Av. Foch, donde habíamos montado otra oficina importante. Viaja, a poco de llegar, a Londres, donde es recibido por los diputados laboristas y otras fracciones de la Cámara, cosa que constituye uno de sus grandes éxitos: se puso entonces de manifiesto que los pueblos (como sigue pasando ahora, transcurridos más de 24 años) han estado *siempre* con nosotros. En este caso eran sus representantes legítimos.

Buscaba el Sr. Giral el apoyo de Inglaterra en nuestra lucha contra el general Franco, y se puso de manifiesto que el Gobierno, como ha seguido sucediendo, no se lo otorgaba pero sí los parlamentarios liberales.

En esta rápida enumeración de las cosas más salientes de la gestión del Sr. Giral, como Presidente del Gobierno en el exilio, hay que citar aquel viaje suyo a New-York, en mayo de 1946, para presentar un memorable informe, que no fué sino el que el propio Consejo de Seguridad

de las Naciones Unidas presenta, inspirado en el suyo, y que publicado está en el libro amarillo de la ONU. Este informe; su actuación en ese mismo año de 1946, en diciembre, a la que ya nos hemos referido; su inquebrantable fe en que el asunto nuestro no debía tener más ambiente que el de las Naciones Unidas; esta tenacidad incansable suya, ha constituido una de las características de su actuación. Igualgente fué invariable su posición de no querer hipotecar el porvenir de España, aunque ello le hubiera valido votos en la Asamblea General de las Naciones Unidas, respecto al problema de Marruecos. ¡Comparad esta actitud con la del traidor Franco, general formado en Africa, que no ha tenido inconveniente de ceder en ese terreno, que es el de su única significación, como la es de la mayoría de los militares españoles, frente a una posición abandonista de Marruecos, que ha sido siempre la de los republicanos españoles! Sin embargo: como Presidente del Consejo, Giral renunciaba a los votos en la ONU no queriendo comprometer el porvenir de España.

Y así seguiríamos indefinidamente; anotaríamos viajes (como aquel que yo hice acompañando a los dos Presidentes, desde París a Ginebra, a los efectos sólo de no desperdiciar una ocasión de propaganda a nuestra causa que se brindaba y que, desde este punto de vista, fué un éxito), o aquellos remansos de paz de los domingos por la tarde, en la maravillosa casa del Prof. Rivet, en el Palais Chaillot, donde un grupo de españoles, con otro de latinoamericanos, nos reuníamos allí a discurrir sobre temas diversos, mientras admirábamos la vista de París desde las terrazas de la casa del director del "Museo de Hombre", paréntesis éste que le servía de descanso al Sr. Giral que, a la mañana siguiente, reemprendía la tarea, sin desmayo y con la misma fe, cosa admirable, si tenemos en cuenta que, cada día, los motivos de optimismo eran menos y el horizonte de la esperanza de la vuelta a España, cada día, también, estaba más lejano!

A partir de 1947 vuelve a México. ¿Para refugiarse en sus investigaciones, en su cátedra y en el "Colegio Madrid"?... ¡No, para seguir siempre actuando! No hemos tenido reunión de diputados a la que él haya dejado de asistir; no hemos celebrado, a partir de 1956, la conmemoración anual de nuestra Constitución, en la que él no estuviera presente. En los actos oficiales, cuando México, reconocida la República Española, nos invita, en la misión oficial, siempre se contó con él. Constante fué su actuación en otros ambientes, con su consejo y con su presencia. Únicamente cuando las fuerzas físicas le faltaron dejó de actuar, y aun así, en los actos de fin de curso del "Colegio Madrid", allí estuvo.

Pasarán generaciones hasta que vuelva a darse un hombre de tipo intelectual que, por encima de todo, sea un defensor de la libertad, y ponga al servicio de ella, sin regateos, su prestigio, su bienestar, sacrificando lo que es tan fundamental para este tipo de personas: que es suspender la investigación y la cátedra. ¡Ojalá que en aquella famosa Universidad de Salamanca, de tan recia tradición, que él honrara con su presencia, esos jóvenes de ahora salgan algún día a la palestra a defender las libertades y a luchar por ellas, como hizo Don José Giral!